

OLIVOS DE ETERNIDAD

JERUSALEN

Desde la antigüedad de tu Libro,
manchado de sangre de cordones,
abierto al sol como grato de anapolas,
donde una vez Job agonizó sus bienes,
y los ámbulos a tus piedras, Jerusalén,
ciudad del cántico del alba,
amurallado ámbito de la paz,
tumba de David.

Tus mujeres vistieron túnicas blancas en las callejuelas,
Usaron ramos de flores de suncos
para las diusas en las placetas y en las colinas,
donde alegraron un vasto día.
Roca a roca construyes tus muradas,
y toda unidad te levantas como un templo
que pasa del sol a las estrellas
en la brisa plateada de los olivos.

Te elevan niños, labradores, ovejas,
en claves labradas de espigas.
Y con las piedras precipicios corridos
y tus cipreses que susuran como oscuros ladés,
y los almendros que florecen, junto al cielo,
y las campanas que dan lluvia súbita al Calvario,
resplandecen en el tiempo como una corona.

Las que aran la tierra entre piedras
y huesos de milenarias antepasadas,
que cultivan viñas de transparentes brillos,
las que llevan agua a las huertas
y recogen fresas en canastas de fibras doradas,
que cuidan el naranjo y el limonero,
el que lleva su candelabro, Jerusalén,
elevan la mirada hacia tí, Jerusalén,
toda abrigada en tus muros como una keverén,
donde las generaciones
forjan tu candelabro, o un arado,
o la trompeta que suena en las edades.

Cerca de tus torres,
que en el amanecer se miran en el cielo
como un lago,
me existieron con el sol de Dios entre las nubes,
mirando los rebanos
y el pastor de barba blanca
que vuelve a tí su mirada
con fuerte melancolía de profeta.

Yo subo a tí, Jerusalén,
levantado por el oscuro viento de los siglos,
pietra a piedra,
y allí, entre tus muros de hueso carcomido,
en tu noche melódica,
abro tu Libro bajo los relámpagos.

Bajo Relieves del Tiempo

- V -

Un peso real viene del paraíso
a cruzarse en mi presencia
a la orilla resplandeciente
del Mar Muerto.

Los ríos
y los muelles tienen aviento
de arena
que transporta el viento en el desierto.

Aquí navegaron bellas mujeres de profetas.
Se demoraron
en el calor
frente a la tierra dura
de las montañas
de Moab,
para multiplicar las tribus
de pastores y guerreros.

Está en mí las edades,
pero me limito como la fulguración
del día
en un trozo de vidrio.

Silencio para el peso de los cancelos.
Ma como una noronja de muerte
en las murallas de Jericó,
Masticó las semillas,
como algo de mis huesos,
alzando el tiempo.

Esta soledad me sabe a mí mismo,
a mí sed,
a mí calor,
a mi muerte,
donde unas ovejas
divisan hierbas secas,
la sombra de una roca.

Sol,
eres fuerte y semejante a Dios
en estas tierras de milenarias trompetas.

Nubes vendrán a tu encuentro
fijando humblas,
fluminaciones de relámpago,
desolados brillos
en los datileros
que rodean el mangnitol
de lumbres enigmáticas
y rostros.

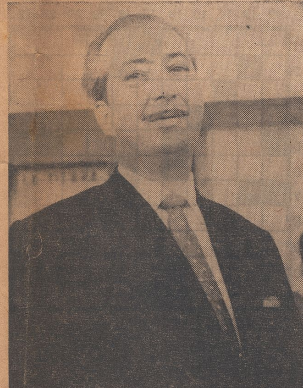
Aquí he llegado
para imponerme el conocimiento de la eternidad,
para ver rotar mi cabeza
tiempo abajo,
arena abajo,
elaboración abajo,
hacia el metálico redoble de los truenos
que confunden las montañas
en negros ámbulos azules.

Se detuvieron aquí las tribus,
se detuvieron aquí los profetas,
se detuvieron aquí los sentes,
Vestían mujeres
y los niños,
Vestían pieles
de animales de los montes,
ruimentarias pieles,
a franjas de colores,
todos iluminados
en fuegos rituales.

Quisiera dejar un canto
para la eternidad,
enterrado en una vajija de barro,
un canto junto a mis huesos,
un salmo
para oír a Dios
en la música de un arpa,
para verlo en un fuego de nubes
sobre los piculos siempre nuevos
edificando con la arena del desierto,
y para ver el desierto
que lleva su silencio
del día a la noche.
ono continuación del firmamento.

LA VEINGANZA CONTRA LA POESIA

El Premio Nacional de Literatura (correspondiente este año a las obras en verso) ha sido otorgado, contra todo lo que indicaba un juicio estético ejercido con tautocencia e inteligencia, a Luis Pastori, por su libro Elegía Sin Fin, comentado ya, y en términos más elogiosos, por nuestro colaborador Luis García Morales en esta misma página. La primera mención de honor fue conferida al poeta Fernando Paz Castillo. Concurría también a este certamen el libro Olivos de Eternidad, del gran poeta Vicente Gerbasi, uno de los valores más significativos de nuestra literatura contemporánea nacional. Por tercera vez una obra de Vicente Gerbasi es relegada a segundo término al otorgarse este Premio. Antes privaron razones — halas y oscuras razones, por supuesto — políticas, ¿qué ha ocurrido en esta oportunidad? A Vicente Gerbasi lo respaldaba una labor de primera calidad estética; entre los libros verdaderamente valiosos y singulares de nuestra poesía habrá que citar siempre dos que son suyos: Mi Padre, el Inmigrante (1945) y Los Espacios Calidos (1949). Pero su mismo libro Olivos de Eternidad es algo más que la simple reiteración de valores y búsquedas anteriores; es el encuentro con una realidad y una plenitud pocas veces logradas en nuestra poesía: la rara y luminosa capacidad para realizar un arte "religioso", casi "meditativo", dentro de un espíritu profundamente actual. ¿Qué ha sucedido entonces? Es lo que trata de explicarse Guillermo Sucre en el siguiente artículo. (N. de la R.)



"Aquí he llegado para imponerme el conocimiento de la eternidad".

Nada más español que la envidia, decía Don Miguel de Unamuno. Nada más nuestro también. La envidia —la más pueril, mezquina y estéril— ha corroido siempre nuestra cultura, nuestra historia, nuestra existencia política y social, y aun los más banales gestos de nuestra vida cotidiana. Sumergidos en la grisaca uniformidad de una actividad espiritual sin mayor relieve, pocos venezolanos parecen estar dispuestos a reconocer valores en quienes realmente los poseen. Pero los resortes que mueven a la mediocridad ambiente son conocidos. Por una desesperada ley de compensación, entre nosotros se prefiere exaltar a las figuras menos sobresalientes, las que resalten menos sobre la mediana. En el mar muerto del espíritu cualquier brillo puede resultar amenazante y cualquier contraste puede reve-

lacionar — campo abierto para tan "extraños" fenómenos. La más delirante inversión de valores se ha instalado en ella. Prueba son los Premios Nacionales de Literatura otorgados en los años recientes. Simples "transientes", nueva versión de "buhoneros" de la literatura, unos; menos que laboriosos artesanos de la inteligencia, otros: estos son los que han recibido el máximo reconocimiento del país para sus escritores. Se ha premiado todo —cortesanía, figuración económica o social, pillosa pacien-

cia— menos los valores auténticos de la literatura. En algunos casos, el Premio tuvo que ser otorgado "fatalmente"; no había obra de gran relieve. Hubo, pues, atenuantes. En otros casos, se marginó a obras de indudable significación. Actitud inexplicable si no fuese porque sabemos que el mecanismo de la envidia —o del resentimiento— actúa también en nuestros Jurados. Y es lo que ha ocurrido en el otorgamiento del último Premio Nacional. Acaso por primera vez, entre nosotros, un Jurado que iba a estudiar el valor de obras poéticas estaba integrado por poetas —ponerles comillas sería simplificar— pues también se toma en cuenta la obra anterior del escritor en estos casos —no ejercieron la más mínima influencia en el Jurado. Este buscaba otra cosa. Un libro que hubiese podido escribir igualmente cualquiera de sus miembros. Se echó a mano, entonces, del más anodino para premiarlo. Una Elegía sin fin que es el fin de toda elegía o que bien podría continuar e in-se bendita de Dios. Un libro de "baratijas", industrialización del verbalismo más vacío e inútil. Un libro-farsa donde, con el sentido más deportivo y desenfado del burgués, se nos quiere hablar de temas "eternos y trascendentes". Era, precisamente, el libro "señalado". El ideal estético de los miembros del Jurado se veía, así, satisfecho: algo mediano, al nivel de la obra que ellos han escrito, incluso, en algunos casos, inferior. Lo importante era negar a otro —a un verdadero poeta— lo que ya la Poesía les ha negado tanto a ellos. ¿Puede el resentimiento literario dar pasos tan calculados? Es la actitud del propio Jurado la que lo afirma.

Pues bien. Cuando se creía que los Poetas del Jurado iban a ser sensibles a tales valores, cuando se creía que —por fin!— se iba a expresar reconocimiento a uno de los poetas más originales y verídicos de nuestra literatura, se produjo el gran vacío de la memoria, ese aparente olvido con que la mediocridad siempre se defiende. Vicente Gerbasi —su luminosa presencia, su extraordinario destino creador, su lealtad a la inteligencia— parecía no existir. Ni siquiera se

GUILLERMO SUCRE